

## **Los relatos de viaje a Oriente en el debate político colombiano (1847-1875)**

**Frédéric Martinez**

**Traducción de María Luisa Jaramillo**

En la literatura de viajes colombiana del siglo XIX, el viaje a Oriente ocupa un lugar de primer orden. Mientras que la práctica de la estadía en Europa se difunde con éxito entre las élites hispanoamericanas a partir de 1850, gracias a la generalización de la navegación a vapor en las conexiones transatlánticas, su extensión oriental, el viaje a Palestina —según un itinerario clásico que pasa por Alejandría, El Cairo, Jerusalén, Beirut y, en ciertos casos Constantinopla y Grecia— engendra una producción literaria digna de interés: entre los veintiún libros de viajes ultramarianos publicados por colombianos entre 1840 y finales de siglo, diez relatan un viaje a Oriente <sup>(1)</sup>.

1. Entre los relatos de viaje publicados bajo la forma de libro, nueve están consagrados únicamente a Europa y dos a América del Norte. Cf. sobre este punto a Gabriel Giraldo Jaramillo, *Bibliografía colombiana de viajes*, Bogotá. ABC, 1957 y José de Onis. *The United States as seen by Spanish American writers (1776-1890)*, New York, Gordian Press, 1975.

En Colombia, los viajeros de Oriente son en su gran mayoría conservadores. Nicolás Pardo, cónsul de Colombia en Florencia y luego en Roma entre 1870 y 1872, es el único liberal que es la excepción con sus *Impresiones de viaje a Italia, a la Palestina y Egipto* que publica en París en 1872. En lo referente a los demás encontramos entre estos viajeros a un médico de Medellín, Andrés Posada Arango, a un publicista conservador de Bogotá, exiliado voluntariamente en 1851 y encargado en 1855 por las autoridades españolas de organizar la inmigración china hacia

rica del Norte. Cf. sobre este punto a Gabriel Giraldo Jaramillo, *Bibliografía colombiana de viajes*, Bogotá. ABC, 1957 y José de Onis. *The United States as seen by Spanish American writers (1776-1890)*, New York, Gordian Press, 1975.

Cuba, a Nicolás Tanco, y a tres eclesiásticos: el obispo monárquista de Pasto que salió del país en 1864, a Manuel Canuto Restrepo, a un misionero franciscano, José Santiago de la Peña, a un padre jesuita encargado de presentar en 1874 en el Vaticano las disposiciones del Concilio llevado a cabo el mismo año en Bogotá y a Federico Cornelio Aguilar. El perfil de los autores de relatos de viaje a Oriente sugiere, de entrada, su densidad política.

### LOS RELATOS DE VIAJE EN LA VIDA POLÍTICA NACIONAL

A pesar de la relativa brevedad del viaje a Oriente (que no ocupa más de algunos meses en contraste con las estadías en Europa que exceden frecuentemente dos años), Oriente es la etapa más representada, la más ilustrada por los autores, mientras que dejan en silencio o no evocan sino a paso de carga su estadía en Europa occidental: es así como los diez viajeros que publican un relato de viaje a Oriente pasaron una temporada en Francia, ocho de ellos estuvieron en Italia, siete en Inglaterra. Pero si Palestina es descrita diez veces, Francia sólo lo es siete, Italia cinco e Inglaterra cuatro.

Esta relativa sobre-representación de peregrinaciones orientales en la literatura de viaje colombiana es uno de los elementos que revelan su fuerte carga polémica

y su implicación en los debates de la política nacional. En el largo conflicto interior que opone, en Colombia así como en la mayoría de las repúblicas hispanoamericanas en el siglo XIX, a los liberales preocupados por reducir la posición de la iglesia con los conservadores que defienden sus prerrogativas, los relatos de viaje aparecen como un instrumento de resistencia contra el proyecto de laicización de la educación y de la sociedad manejado por el Estado liberal. La gran época de los relatos de viaje corresponde en efecto a los años de predominio del poder liberal, que conlleva la separación de la iglesia, el Estado, la venta de los bienes del clero, la expulsión de los jesuitas, y el quasi-aniquilamiento de las órdenes regulares: los diez relatos de viajes que estudiamos se publican entre 1847 y 1875, y corresponden casi exactamente con el predominio liberal, que, aparte del intermedio del gobierno conservador de Mariano Ospina (1858-1861), se extiende de 1849 a 1880.

La iglesia colombiana, preocupada durante todos estos años por oponerse con un esfuerzo de pedagogía religiosa a la laicización de la enseñanza y la sociedad, estimula a los viajeros a publicar el relato de su peregrinación. En 1856, un llamamiento de la iglesia, publicado en el periódico *El Catolicismo* convence al piadoso Domingo Arosemena, originario del Istmo de Panamá, para que dé a conocer al público el relato de su viaje a

tierra santa, que publicara en New York en 1859 bajo el título de **Sensaciones de Oriente o Impresiones bíblicas de un Granadino en la tierra santa**. En 1869, el obispo de Medellín le ordena a Monseñor Restrepo que publique sus relatos de viaje a Roma y Oriente: "Déme Ud. ese gusto, pues que esa clase de publicaciones aprovechan mucho al pueblo cristiano, y con especialidad al de Antioquia, tan distinguido por su piedad" <sup>(2)</sup>.

Al mismo tiempo que se acaba el decenio de 1870, también se termina la utilidad política que habían tenido los relatos de viaje a Oriente para la iglesia durante esos años de resistencia al poder: la elección de Rafael Núñez a la presidencia de la república en 1880 anuncia el desmantelamiento del dispositivo anticlerical del Estado liberal: la iglesia vuelve a encontrar el poderío económico, social y educativo que había perdido, y el Concordato consagra este nuevo reparto en 1887.

La producción de relatos de viaje a Oriente se detiene claramente, después de la publicación en 1875 de **Recuerdos de un viaje a Oriente** por el padre jesuita AgUILAR. Esta producción será esporádica en el siglo XX, y no volverá a

encontrar jamás la intensidad que alcanzó en los años de 1840 a 1870.

#### EL RELATO DE VIAJE A ORIENTE: UNA PEDAGOGIA CRISTIANA

El relato de viaje a Oriente se impone, en primer lugar, como un instrumento de pedagogía cristiana. Es precisamente este papel de edificación religiosa el que es sistemáticamente evocado cuando se trata de justificar la publicación de los relatos: en 1847, el impresor bogotano José Cualla publica una colección de cartas enviadas dos años antes a su familia por el joven Manuel Cordovez Moure, durante su viaje a Grecia, Turquía y Palestina. Cordovez, perteneciente a una rica familia de Popayán, se había ido en 1824, a la edad de 21 años a terminar sus estudios a Europa. Tres años más tarde, había tenido el privilegio de ser el primer colombiano que había ido a tierra santa, antes de morir prematuramente algunas semanas más tarde, luego de su regreso a Bogotá en 1846. El editor justifica así esta publicación, primera en su género en el país: "Al emprender este trabajo hemos consultado no sólo nuestras simpatías por la familia, sino también una idea de patriotismo. El buen juicio y la erudición que manifiesta el joven Cordovez al hablar de la Grecia, las comparaciones que de ella hace con nuestra patria, y el tierno respeto con que pinta las emociones que experimentó al ver la ensangrentada roca sobre la cual el Sal-

2. Carta de Valerio Antonio Jiménez, obispo de Medellín y Antioquia, 11. VIII. 1863, publicada como introducción a Manuel Canuto RESTREPO, *Viaje a Roma y a Jerusalén*, París, Paul Dupont, 1871. En el original todas las citas están en español de la época. (Nota de la traductora).

vador del mundo rindió el último suspiro para reconciliar la tierra con los cielos, son cosas con las cuales se hace algo más que satisfacer la curiosidad: con su lectura el filósofo medita, el político calcula y el hombre religioso se edifica" <sup>(3)</sup>.

**El Viaje a Roma y a Jerusalén**, que Monseñor Restrepo publica en 1871 en París, ofrece una de las mejores ilustraciones del viaje a Oriente como proyecto de pedagogía religiosa. Declara en efecto, en el momento de concluir su obra. "Mi único deseo es que los que lean este libro adquieran sentimientos religiosos, si por su desgracia no los tienen, y que los aviven y confirmen más y más, si por su dicha los poseen en su corazón" <sup>(4)</sup>. Al describir en detalle los lugares santos o el culto católico en Roma, Monseñor Restrepo declara que lo hace ya que ninguno de sus compatriotas se ha preocupado por transmitir a sus lectores una idea precisa de los oficios religiosos que allí tienen lugar <sup>(5)</sup>: la descripción de los sitios más relevantes del cristianismo se justifica por la voluntad de darle al pueblo las luces de la religión.

Considerada como obra de pedagogía cristiana, la publicación de un relato de viaje a Oriente se jus-

tifica también por la voluntad de crear una literatura piadosa que sea propiamente nacional.

Una de las razones invocadas por el editor de las cartas de Manuel I. Cordovez Moure, para su publicación en 1847 es que éstas son la obra de "(...) un hijo de nuestras selvas, sin los viejos hábitos, sin las exageradas pretensiones, ni el fatal escepticismo del europeo" <sup>(6)</sup>. En 1859, Domingo Arosemena declara que quiere llenar el vacío de escritos serios sobre los lugares santos que deplora en Colombia, Chile, Perú, México y otros Estados latinos ya se han dotado, anota, de una literatura propia sobre el tema. Como lo explica en su introducción, lo único que su libro aporta a sus conciudadanos, es que está escrito en un "lenguaje nacional", por un hijo de su patria, que relata con sinceridad lo que ha visto con sus propios ojos <sup>(7)</sup>.

Un corpus nacional de relatos de viaje a Oriente se dibuja poco a poco: en 1869, el escritor José Caicedo Rojas, que prepara la edición de las notas tomadas en 1858 por Rafael Duque Uribe durante su viaje a tierra santa, recapitula en su introducción los relatos de viaje a Oriente publicados por colombianos. Se enorgullece de que sus

3. Manuel Ignacio CORDOVEZ MOURE, *La primera visita de un granadino a la Tierra Santa*. Bogotá, José A. Cualla, 1847, p. 4.

4. RESTREPO, *op. cit.*, pp. 618-619.

5. *Ibid.*, p. 592.

6. CORDOVEZ, *op. cit.*, p. 2.

7. Domingo AROSEMENA, *Sensaciones en Oriente o Impresiones bíblicas de un Granadino en la Tierra Santa*, New York, Robert Craighead, 1859, p. V.

compatriotas viajan relativamente más que los otros suramericanos, movidos no solamente por su "(...) ansia de goces y placeres materiales de la vida, o los negocios mercantiles, sino (por) el loable deseo de adquirir una educación sólida, provechosa para sí mismos y también para su patria" <sup>(8)</sup>.

Tres años más tarde, en París, el publicista conservador José María Torres Caicedo, se regocijará, en su prefacio a las **Impresiones de viaje de Italia, a la Palestina y Egipto** de Nicolás Pardo, por el hecho de que los colombianos se distinguen entre sus compatriotas americanos por su frenesí por los viajes y contribuyen así a dar a su patria la imagen de un país ilustrado.

De esta manera se establece una filiación literaria nacional, en la cual las cartas del joven Cordovez se consideran como su texto fundador. La exaltación del patriotismo de los autores que dieron a su país una literatura piadosa nacional, revela una relación ambigua con los textos fundadores venidos de Europa.

El sueño de un viaje a Palestina está nutrido en efecto, en lo que respecta a los colombianos del siglo XIX, por relatos de viaje europeos, en particular por el **Itinéraire de Paris a Jerusalem** de Ch-

teaubriand y el **Voyage en Orient** de Lamartine; las referencias a estas obras son abundantes en todos los relatos de viajes estudiados. Si algunos autores evocan sin reserva su frenesí por la lectura de relatos de viaje a Oriente venidos de Europa, otros mantienen con más prudencia la referencia a los relatos europeos y buscan, como testimonio de patriotismo religioso, relegar su influencia a un papel secundario en el despertar de su vocación de viajero. Andrés Posada evoca su infancia en la plácida Medellín, arrullado por el sueño de conocer algún día la ciudad santa; Rafael Duque recuerda, en su libro **Recuerdos de tierra santa** publicado en Bogotá en 1869: "No eran las relaciones de Viaje a Oriente, a que siempre fui aficionado, las que habían hecho nacer en mí ese deseo: era ésta una inclinación innata, puede decirse, fomentada sí por la piedad ejemplar de mi madre. Esos bellos libros de Chateaubriand, Lamartine y tantos otros viajeros felices no habían sido más que el riego que había hecho brotar esa semilla depositada en mi corazón" <sup>(9)</sup>.

Esa preocupación por afianzar el sueño de la peregrinación a tierra santa en una tradición religiosa local y nacional, y no en la importación de una moda europea revela a su vez la existencia de un proyecto nacional "alternativo" al proyecto liberal: los autores conservadores, preocupados por adquirir

8. Rafael DUQUE URIBE, *Recuerdos de la Tierra Santa*, Bogotá, Echeverría Hermanos, 1869, p. xx.

9. DUQUE, *op. cit.*, p. 2.

una legitimidad patriótica, tratan de establecer una cierta distancia con una referencia europea considerada característica del discurso liberal.

El deseo de emanciparse de los intermediarios europeos es siempre presentada como una preocupación para evitar la contaminación de la impiedad y del ateísmo, cuya huella aparece en ciertos relatos de viaje a Oriente. José Santiago de la Peña, que reconoce sin embargo haber sido un lector asiduo de este género de obras, recomienda a los fieles la mayor prudencia con respecto a ellas; Domingo Arosemena se indigna con la tolerancia de Lamartine con respecto al Islam; Monseñor Restrepo pone en guardia a sus lectores contra las declaraciones blasfematorias de Renan en su *Vie de Jésus*.

Los viajeros colombianos descubren con espanto el tamaño de la impiedad europea: ella se difunde, ciertamente, por el libro pero ella interfiere también en la percepción que tiene de los lugares santos el viajero que allí vaya. En 1858, José Santiago de la Peña, que se embarcó en Marsella en una caravana con rumbo a Palestina, observa con horror el nacimiento del turismo europeo a Oriente y anota que "(...) querer unir a un mismo tiempo la piedad i la diversión como lo hacen algunas caravanas de la Europa, no tiene buen éxito, i por razón natural se desconciertan i escandalizan los que las ob-

servan" <sup>(10)</sup>. Propone entonces la separación de las nacionalidades en las caravanas de Palestina y la organización del clero colombiano en una caravana suramericana. La recuperación por parte de la iglesia nacional del viaje a tierra santa es la única garantía contra la difusión de la impiedad europea.

### LA GUERRA DE LAS REPRESENTACIONES DEL VIEJO MUNDO

Los relatos de viaje son parte activa frente a la guerra de representaciones de Europa que sirven para sus deseos nacionales: allí se asiste al valiente combate del liberalismo contra el clericalismo y las instituciones heredadas del Antiguo Régimen, espectáculo edificante para los liberales colombianos cuya consigna es la destrucción de las instituciones coloniales y el acceso a la modernidad republicana y democrática. Los conservadores responden a esto con la difusión de un conjunto de representaciones "alternativas" de Europa: esta vez es el combate de la Europa piadosa contra la impiedad heredada de los filósofos de la Revolución la que se da como ejemplo. Se invoca la renovación ultramontana, la resistencia del clero frente a los gobiernos anticlericales; las congregaciones ca-

10 José Santiago DE LA PEÑA, *Noticias de Jerusalén*, Bogotá, Francisco Torres Amaya, 1860, p. 73.

ritativas y misioneras son erigidas como ejemplos a seguir.

La representación del Oriente que difunden los relatos de viaje hace parte integrante de esta pedagogía por el ejemplo: como reacción a la cartografía liberal que valoriza a Londres e ignora a Roma, que prefiere las exposiciones universales a los lugares de peregrinación, los conservadores dibujan una Europa piadosa dedicada a luchar en el interior contra el progreso del ateísmo, y en evangelizar el resto del mundo. Oriente ofrece entonces un álbum de imágenes edificantes: la piedad ejemplar de los misioneros de tierra santa, la resistencia de los religiosos perseguidos por los poderes impíos de Europa, la obra civilizadora del cristianismo y los progresos de la modernidad católica.

Un viaje a Oriente es en primer lugar la ocasión de encontrarse con eclesiásticos de todos los países y de erigir las víctimas de persecuciones anticlericales en ejemplo de resistencia al poder. Es así como, Monseñor Restrepo conforma una galería de mártires de la impiedad moderna: un padre español que se quedó ciego debido a las sevicias que sufrió; un padre polonés que le muestra los estigmas recibidos en la lucha contra los "cismáticos" <sup>(11)</sup>. Estos símbolos vivientes son también ocasiones para que el obispo de Pasto retome sus diatribas contra

las persecuciones anticlericales en Colombia. El despotismo otomano es aún preferible, para los cristianos, a la tiranía republicana, y concluye: "Sí, yo pensé que son más libres y felices los que viven bajo el resplandor de la media luna, y con la cabeza inclinada bajo el cetro de la sublime puerta, que los que viven en medio de las farsas despreciables que se llaman repúblicas" <sup>(12)</sup>.

Otro modelo de piedad y de resistencia a la adversidad: los franciscanos de Oriente. Amenazados por el Islam que los rodea, y por el empuje de los rusos ortodoxos, ellos son también abandonados por las potencias cristianas, que no le ponen el suficiente cuidado a la vigilancia de los Lugares Santos. A pesar de que es algunas veces criticada por su ineficiencia, la política oriental de las potencias europeas, y en particular la de Francia en el Segundo Imperio, es el objeto de los elogios de los viajeros: Arosemena anota que en Oriente "(...) la Francia es la personificación del Cristianismo" <sup>(13)</sup>, mientras que Nicolás Tanco, al observar en 1861 los progresos de los imperialismos inglés y francés en el Extremo Oriente, declara que Francia "(...) en el mar de la India, en la China, en la Corea, en el Japón, por todos estos países tiene intereses y debe conservar y sostener su propia influencia,

12. *Ibid.*, p. 229.

13. AROSEMENA, *op. cit.*, p. 35.

protegiendo las misiones católicas: únicas zonas de donde debe correr la futura civilización de estas comarcas (...) sólo los obreros católicos pueden fundar sólidamente el edificio social contrapesando la influencia del protestantismo inglés que invade estas regiones envuelto en los vapores del opio" <sup>(14)</sup>.

Oriente, nueva tierra de conquista y de evangelización, es el lugar por excelencia donde el cristianismo se impone como fuerza civilizadora, donde libera su "genio". Con términos tomados prestados a Chateaubriand, y citando copiosamente el *Itinéraire de Paris a Jérusalem*, el *Génie du Christianisme* y las *Mémoires d'Outre-Tombe*, Domingo Arosemena exalta la obra civilizadora del cristianismo (el humanismo, la libertad, la abolición de la esclavitud, la dignidad de la mujer, la familia) frente a un Islam que no lleva sino a la degradación de las costumbres, la disolución del lazo familiar, la sumisión de la mujer, el despotismo y el inmovilismo. Para el liberal Nicolás Pardo, no hay sino un solo remedio contra la miseria, la ignorancia, la ausencia de educación y de periódicos, la servidumbre de la mujer, la poligamia, el despotismo, la corrupción, lo arbitrario del poder y todos los otros males que padece el Imperio Otomano: el Evangelio. "(...) sólo el Evangelio con sus

principios morales, republicanos y civilizadores es capaz de rehabilitarlo" <sup>(15)</sup>.

## LA CIVILIZACION EUROPEA EN ORIENTE

La recurrencia de esta oposición entre civilización cristiana y barbarie musulmana en los relatos de viaje deja aparecer un mapa edificante donde el Oriente o Alejandría, El Cairo, Beirut y Constantinoapla se distinguen como las vanguardias de una civilización europea conquistadora.

Así describe El Cairo en 1871 Monseñor Restrepo: "Es digno de atención el movimiento y actividad que se notan en aquella gran ciudad, que va poco a poco dejando de ser de los moros, para pasar al dominio de la civilización cristiana; pues se ve en El Cairo, como en todo el Oriente, que la raza europea va ganando terreno en todo sentido: en la arquitectura, en las artes, en el idioma, en las costumbres y en todos los usos" <sup>(16)</sup>, Beirut, "(...) ciudad semi-europea" <sup>(17)</sup> llama la atención de todos los viajeros por su comercio, su urbanismo, su prosperidad: "Los paseos se ven recorridos por lujosos carrajes y las plazas pú-

14. Nicolás TANCO ARMERO, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Simon Racon, 1861, p. 402.

15. Nicolás PARDO, *Impresiones de viaje de Italia a la Palestina y Egipto*, París, Barthier et Cie, 1872, p. 127.

16. RESTREPO, *op. cit.*, pp. 340-341.

17. PARDO, *op. cit.*, p. 104.

blicas adornadas de bellos jardines. Los periódicos americanos y europeos circulan con profusión y la imprenta —ese faro inextinguible del porvenir— ejerce en ella su influjo civilizador". Anota Nicolás Pardo <sup>(18)</sup>.

Constantinopla ejerce la misma fascinación entre quienes allí van: allí encontramos en efecto buses, tranvías, macadam, farolas de gas, liceos europeos, institutos católicos y protestantes, hoteles, iglesias y hospitales <sup>(19)</sup>. Esta profusión de representaciones de la civilización material europea en un discurso conservador que quiere ser esencialmente edificante por su piedad revela el lento retroceso de una visión religiosa del mundo. De esta manera, la significación religiosa de la lucha entre Occidente y Oriente se borra, insensiblemente, y la oposición entre Cristiandad y Paganismo es reemplazada por la oposición entre civilización moderna y barbarie.

El viaje a Oriente, clásicamente, es edificante porque permite no solamente conocer los lugares de la pasión, sino que también por la contemplación de sus vestigios, permite meditar sobre la ruina de los Imperios, y por lo tanto sobre la vanidad de las cosas humanas. Ahora bien, si esta concepción teológica de la historia, fundada en el sueño de la estatua del profeta

Daniel (la estatua de los pies de arcilla, que simboliza la sucesión y la destrucción de los imperios), es aún invocada algunas veces <sup>(20)</sup>, ella se borra progresivamente. Oriente siempre es reconocido como edificante, pero lo es ahora sobre todo porque allí se contempla a simple vista la obra civilizadora de la Europa del siglo XIX. La descripción de Jerusalén ofrece el mejor ejemplo de sustitución de una visión religiosa por una visión moderna y laica: si todos los viajeros se decepcionan por la fealdad, la tristeza y la insignificancia de la ciudad, sólo Monseñor Restrepo recuerda que la decadencia de Jerusalén es el fruto del castigo divino. Para los otros, sólo el atraso de los pueblos no ilustrados permite explicar su aspecto miserable. Según Cordovez, que en 1846, se asombra al llegar ante las murallas "(... ) sin haber en-

20. El padre Aguilar escribe en efecto, antes de partir a Oriente, que después de haber contemplado en Europa el espectáculo de la civilización, sus ruinas "(...) debían enseñarme prácticamente con la callada y lúgubre elocuencia de sus ruinas, que nada alcanza a prolongar indefinidamente la existencia, ni las invenciones pasmosas, ni las conquistas, ni armados escuadrones, ni el talento, ni la riqueza" (*op. cit.*, p. II). Más adelante escribe: "A su turno Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y Alemania desaparecerán también de la escena del mundo: los viajeros de las edades venideras irán a contemplar las ruinas de Nueva York y de París con los mismos melancólicos sentimientos con que ahora visitamos los escombros de Balbek, de Atenas y de la antigua ciudad de los Césares" (*ibid.*, p. III).

18. *Ibid.*, pp. 104-105.

19. Federico Cornelio, AGUILAR. *Recuerdos de un viaje a Oriente*, Bogotá, El Tradicionista, 1875, pp. 132-136, 139, 141.

contrado antes, como sucede en las ciudades de Europa y aún de América, quintas, alamedas, movimiento de población, algo, en fin, que indicara la cercanía de una capital" (21). Posada confiesa su decepción: "No hai plaza, ni paseos; ni fuentes, ni estatuas, ni teatros" (22).

La obsesión por el urbanismo europeo, la ausencia de toda percepción estetizante del "exotismo" de los lugares que diferencia radicalmente a los viajeros colombianos de sus homólogos europeos, revela la carga de "europeísmo" que reviste para ellos Oriente. Oriente, en efecto, tiene una extraña virtud de darles el sentimiento de ser europeos. En Europa, no hay ninguna probabilidad de que esto les ocurra: tanto como su falta de familiaridad con las ciudades del Viejo Continente, es el fárrago de prejuicios que tienen los europeos contra los suramericanos lo que se los impide: hay sorpresa cuando ven colombianos con la piel clara, hay estupefacción al oírlos expresarse correctamente en francés. La protesta contra la ignorancia de los europeos con relación al estado de la civilización en América es en efecto uno de los lugares comunes del relato de viaje.

---

21. CORDOVEZ, *op. cit.*, p. 21.

22. Andrés POSADA ARANGO, *Viaje de América a Jerusalén, tocando en París, Londres, Loreto, Roma i Egipto*, París, A. E. Rochette, 1869, p. 121.

Mientras que en Europa se tiene a olvidar el "europeísmo" del "criollo" americano, Oriente lo confirma. Desde 1846, Cordovez anota, que, en un país musulmán, el americano tiene en común con el europeo el de ser completamente extranjero; ésta es la ventaja de la religión cristiana que hace hermanos a todos los hombres (23). Aquí todavía, a esta identificación dada por la religión va a superponerse otro tipo de identificación, desprovista de sentido religioso y fundada en el hecho de tener acceso y de compartir con los europeos un cierto número de signos de la modernidad: grandes hoteles (el Gran Hotel de Europa de Beirut, el Hotel Oriente y el Hotel del Comercio de El Cairo), las primeras clases de los steamers que surcan el mediterráneo oriental, el mundo de los viajeros a Oriente de la segunda mitad del siglo XIX es aún un mundo lujoso, que describen a cual mejor los conservadores colombianos. Nicolás Tanco, que viaja con el hijo de Lord Aberdeen, señala que ningún suramericano ha puesto su firma en el libro de los viajeros del Hotel Oriente de El Cairo (24). A su vez, el padre Aguilar entra en escena con una evidente satisfacción en el universo cosmopolita y políglota del vapor que lo lleva de Trieste a Corfú: "Casi todos los pasajeros de primera, inclusas las señoras, hablan muy bien tres o cuatro idio-

---

23. CORDOVEZ, *op. cit.*, p. 18.

24. TANCO, *op. cit.*, p. 235.

mas. Nosotros nos entendíamos con los pasajeros y tripulación en francés o italiano, lenguas sabidas por todos, y a las veces en inglés con nuestro americano, ensayando también de cuando en cuando algunas frases en griego antiguo, que eran bien comprendidas por los descendientes de Pericles. En la primera clase el traje europeo dominaba, pues en Oriente como entre nosotros, los civilizados van dejando lastimosamente los vestidos nacionales" (25). Se simpatiza con los viajeros ingleses, se recorre a Palestina en caravanas italianas o francesas. Se dan cambios de nacionalidad simbólica, como es el caso de Domingo Arosemena, que perdió su pasaporte en Jaffa y lo hizo reemplazar en Beirut por un documento expedido por el consulado de Francia, debido a la ausencia de representación colombiana: "Era la mejor garantía con que podía contar para viajar con alguna seguridad pues para los turcos, franco i europeo son sinónimos" (26).

Teatro de la confrontación entre el Occidente cristiano y la barbarie indígena, Oriente permite a los viajeros colombianos confirmar su pertenencia a la modernidad europea, clasificándolos de entrada del lado de los "civilizados". Ellos vuelven a encontrar allí su posición social de "élites ilustradas" que su estadía en Europa les ha-

bía quitado por un tiempo, y ahora pueden elaborar un discurso "civilizador" sobre un pueblo ignorante que sólo el proyecto pedagógico del poder podrá integrar a la vida moderna.

No es nada sorprendente entonces esta cantidad de comparaciones entre Oriente y América. La semejanza entre los musulmanes y los aborígenes del Nuevo Mundo es en efecto un lugar común del relato de viaje a Oriente. "Allí están los días enteros los perezosos turcos fumando su pipa, con una indolencia igual a la de los salvajes de América", anota Cordovez (27). El editor de viajes de Rafael Duque, el escritor José Caicedo Rojas escribe en 1869: "Si no fuesen odiosas las comparaciones, e inopportunas en este lugar, qué bien vendría aquí una entre los pueblos musulmanes y los pueblos suramericanos" (28). Esta fiebre comparativa, inexistente en las relaciones de viaje a Europa, invade la mayor parte de los relatos de viaje a Oriente. Más allá de la degradación moral y física de los indígenas, se compara, confusamente, la suciedad de las calles, el hábitat, la cocina, las fisonomías, la hospitalidad del pueblo y su ignorancia, las creencias paganas, los instrumentos de música tradicional, el atraso de la industria y del comercio, el clima y los paisajes. Hasta la penetración de las costumbres

25. AGUILAR, *op. cit.*, p. 35.

26. AROSEMENA, *op. cit.*, p. 35.

27. CORDOVEZ, *op. cit.*, p. 15.

28. DUQUE, *op. cit.*, p. 103.

europeas en Oriente recuerda a los viajeros colombianos la evolución que conoce su patria. El padre Aguilar anota en 1875: "Entre la gente ilustrada y el pueblo hay en Grecia una enorme desproporción, como sucede también en Colombia; mucho atraso, miseria y barbarie se ocultan bajo ligera corteza de civilización" (29). El espejo de Oriente les brinda a los viajeros una comparación llena de significación nacional: al atribuirlle a la plebe colombiana los rasgos de la barbarie otomana, ellos se atribuyen también un papel civilizador idéntico al de los europeos en Oriente.

### CONCLUSION

Si la guerra de representaciones del Viejo Mundo que revelan los relatos de viaje informa sobre la competencia entre los proyectos nacionales liberal y conservador de los años 1840 y 1870, la semejanza de su actitud, la difusión de representaciones "polémicas" de Europa a través de los relatos de viajes, plantea un problema más complejo: el de la construcción de un conjunto de discursos de las élites sobre Europa llamados a asumir una función ejemplar en los debates nacionales.

Un debate de fondo como el que opone a liberales y conservadores alrededor de la cuestión de la Igle-

sia en la sociedad colombiana se expresa entonces, transpuesta, a través de la representación de una Europa que enfrenta conflictos comparables.

En esto, en efecto, liberales y conservadores se unen, se parecen, y la importancia de los relatos de viaje a Oriente radica sobre todo en la forma como muestran en qué medida el discurso conservador, que quiere ser el guardián de una tradición católica nacional, participa también en una visión moderna y "europeizante", frecuentemente considerada como un monopolio liberal.

En primer lugar, porque los conservadores producen tantos discursos sobre Europa como los liberales: éstos son en efecto tan numerosos como los relatos de viaje que publican los liberales en la segunda mitad del siglo XIX. En segundo lugar, porque los relatos de viaje a Oriente dejan entrever, en el seno de la retórica conservadora, el deslizamiento de un discurso teológico hacia un discurso modernista que ya muestra signos de laicización. Y finalmente, porque, más allá de las imágenes pedagógicas opuestas y rivales, ellas difunden la misma imagen de una élite "distinguida" y "civilizada" por tener acceso a una Europa moderna y cosmopolita.

Los relatos de viaje, al querer ser edificantes por el espectáculo de los progresos de la civilización europea en Oriente, ofrecen también otro espectáculo: el de una

29. AGUILAR, *op. cit.*, p. 105-106.

élite nacional "ilustrada" por su acceso a la modernidad europea. Más allá de la radical oposición de las representaciones liberales y conservadoras del Viejo Mundo, su elaboración tiene también co-

mo función la de significar, de manera igualmente edificante, la legitimidad de las élites para civilizar al pueblo y por lo tanto para ejercer el poder sin compartirlo.